



ELECCIÓN O DECISIÓN

Podrían parecer sinónimos, y como nos recuerda el ensayista Charles Pépin no lo son. Y entender la diferencia nos puede llevar a vivir las decisiones mejor.

Si tenemos dos opciones para hacer algo, las evaluamos objetivamente, y llegamos a la conclusión de que una de las dos es mejor, eso es una elección. Y es fácil, y no debe representar ninguna fuente de ansiedad. Para elegir lo único que necesitamos es hacer una correcta evaluación de la información de la que disponemos.

Pero si en esa evaluación de opciones no hay una clara ganadora, o no tenemos un criterio válido para elegir, entonces tenemos que decidir, y esto ya es algo más complicado.

Las decisiones van más allá de los argumentos racionales, e incorporan la intuición.

Esta distinción me ha ayudado en dos sentidos: en primer lugar, porque cuando he podido identificar elecciones puras y duras, las he podido hacer de forma más rápida y sin dudar. Y en segundo lugar, porque me ha hecho valorar y conectar, cuando me he enfrentado a una decisión, con mi intuición.

Hace un tiempo una persona me escribió para pedirme un curso. Tuvimos una reunión virtual. El proyecto no estaba claro y la persona en cuestión no me dio confianza. Hice una evaluación tramposa de mis opciones, acepté el proyecto, y a la hora de hacer el curso lo pasé mal y no fue bien. Me equivoqué, porque evité decidir desde mi intuición y lo hice como si fuera una elección.

Recientemente pasé por un mismo proceso, y desde mi intuición decidí no aceptarlo. No fue una elección, fue una clara decisión. Apelé a mi intuición y dejé que me guiara. Y estoy seguro de que acerté.

Una mayor y mejor intuición es una de las (pocas, quizás) ventajas de la madurez. Y nuestro gran valor. Porque cuando toca decidir en lugar de elegir, seguro que lo podemos hacer mejor.